

Lina M. Torres Rivera (editora). **Ciencias Sociales. Sociedad y cultura contemporáneos**. (2da. Ed.). México: Thomson Learning, 2001, 509 pp.

Carlos Rojas Osorio ha tenido muy buen ojo cuando, en el prólogo a la segunda edición del texto que nos ocupa, destaca entre sus mayores méritos: su actualidad; su empeño por hacerles justicia a las mujeres, y su afán por atender ciertos problemas sociales que aquejan a la sociedad puertorriqueña. Ahí radican, en efecto, tres de las mayores fortalezas de este esfuerzo colectivo, cuya utilidad y pertinencia me parecen incuestionables. Pero, más que en las virtudes de este trabajo – que no son pocas –, preferiría concentrarme en algunos focos de tensión que creo haber advertido en la manera de organizar el libro.

Quizá lo que más resalta cuando se examina el texto desde una perspectiva de conjunto es la ambivalencia con la que se maneja la tradicional tendencia a compartimentar la reflexión sobre lo social. Pese a que varios capítulos están escritos desde una perspectiva transdisciplinaria, resulta cuando menos curioso que seis, de un total de once capítulos, estén dedicados a examinar algunas de las disciplinas agrupadas bajo el nombre genérico de “Ciencias Sociales”, a saber: la Economía, la Geografía, la Sociología, la Ciencia Política, la Antropología y la Psicología.

Cabe sospechar que, tras esta ambivalencia en la configuración general del texto, subyacen discrepancias más o menos profundas respecto a la pertinencia de los enfoques transdisciplinarios. Al parecer, no todos los colaboradores están dispuestos a reencauzar sus reflexiones por vías que trasciendan los límites tradicionales de cada disciplina. Esto, de por sí, no es objetable. No se trata de exigirle a cada colaborador una incondicional adhesión a la transdisciplinariedad (o a la interdisciplinariedad). Pero lo que sí cabría esperar de un texto de esta naturaleza es una discusión más detallada sobre las críticas que, desde diversas perspectivas teóricas, se le han formulado a las disciplinas especializadas en el estudio de lo social. En más de un capítulo, esa discusión continúa como asignatura pendiente.

Otra tensión que se advierte en las estrategias discursivas que organizan el texto está enraizada en la diversidad de registros con que se da cuenta de la cientificidad de las Ciencias Sociales. Como resultado de esa diversidad, hay capítulos en los que se problematiza el carácter científico de la reflexión sobre lo social, mientras en otros – la mayoría –, ese problema queda completamente obviado. Pero ni aún quienes aceptan sin reparos la cientificidad de las Ciencias Sociales entienden el quehacer científico de la misma manera. Contrástense, a manera de ilustración, los capítulos dedicados a la Geografía y a la Ciencia Política. En el primer caso, el reclamo de cientificidad está fundamentado en la capacidad de esa disciplina para explicar, lo cual la inscribe en la tradición epistemológica fundada por Francis Bacon (p. 381). De la Ciencia Política, en cambio, no sólo se espera que describa y explique, sino que se dedique, también, “a estudiar y reflexionar acerca del deber ser de la política y de los actores políticos”. (p. 304). Tras esta manera de entender la Ciencia Política se intuye una clara voluntad de ampliar el horizonte teórico de la ciencia, tomando distancia de quienes le exigen a toda disciplina con pretensiones científicas seguir el modelo establecido por la Física y las Matemáticas.